

Quiosco de prensa

Sin modelo de política migratoria

«Hay motivo para valorar positivamente la mejora de la lucha contra la inmigración en 2007 frente a la crisis de 2006, pero se sigue registrando mucha inmigración ilegal sin que exista una estrategia política de consenso con la oposición y de cooperación europea, realidad a la que ya hay que sumar el impacto incipiente, pero muy nítido, del desempleo de los inmigrantes, un problema agravado para el que la legislatura concluye sin soluciones».

ABC 10 de enero de 2008

Eran los de la T-4

«Hoy existe un consenso de fondo sobre la imposibilidad de dar pasos en cualquier dirección que no sea la de utilizar "todos los medios del Estado de derecho" para "derrotar la estrategia terrorista", como propone el Pacto Antiterrorista. Esta es la base para recomponer la unidad de los demócratas (cuya ruptura fue la única victoria de ETA) frente a la ofensiva que preparaba y tal vez todavía pretende el terror en vísperas de las elecciones».

El País 10 de enero de 2008

La palabra dada

«Una vez más se constata el temor —por no decir el miedo— que infunde a los gestores socialistas toda decisión susceptible de levantar suspicacias en el resto de España, de activar, en definitiva, un mecanismo psicológico vigente, como mínimo, desde la restauración de la democracia: "No vamos a ser menos que los catalanes". Muchos de los problemas del actual galimatías autonómico se derivan de ese resorte emocional y mental».

La Vanguardia 10 de enero de 2008

La opinión | Por José Bada Panillo, doctor en Teología y licenciado en Filosofía

Es intolerable

HASTA que San Juan baje el dedo! Pero San Juan no lo bajó, y le cortaron la cabeza. Aunque eso era antes. Pero no hay que olvidar que más allá del sofá y de la pantalla, hay otra realidad que no es virtual sino que duele, a ellos claro, a los disidentes a quienes todavía hoy se les corta la cabeza lejos de nuestro mundo. Aquí no, por supuesto. Aquí, ni siquiera el dedo. Lo que se hace en nuestro mundo es no escuchar, no hablar, no pensar...

Cuentan de un gitano que tenía un burro que pensaba, pero no hablaba. Y está escrito que hubo una burra que hablaba, aunque no pensaba. Con el tiempo ni el burro llegaría a ser un filósofo, ni una profetisa la burra de Balaam. Con el tiempo pasó lo que siempre pasa, que el burro dejó de pensar y la burra dejó de hablar. Porque no es posible lo uno sin lo otro, y cuando uno no dice lo que piensa deja de pensar lo que no dice. Y a la inversa. Así que todo lo que nos impide hablar, como el ruido, la prisa, el miedo o el soborno, nos impide pensar. Y al contrario.

Los intelectuales son la versión moderna de los antiguos profetas y filósofos, como Juan Bautista o como Sócrates. Son, fueron, los ilustrados y los novatores, los moralistas, los nuevos clérigos, hombres de letras, maestros y maestras, amigos del país incluidos, predicadores de un nuevo evangelio, despertadores de la razón dormida, de esa que cuando duerme produce monstruos... Los intelectuales pensaban y hablaban, pretendían saber lo que decían y decir siempre lo que sabían. Corrían un riesgo, menos que antes, pero se les escuchaba más

que ahora. Nada que ver con los «intelectuales» postmodernos: una farándula de la sociedad civil en la que van de la mano tertulianos, bufones, canto-autores, periodistas y profesores, actores, pintores..., lo mismo el burro que sabe más de lo que dice que la burra que habla más de lo que sabe. Los «intelectuales» postmodernos son intelectuales de mercado que dicen lo que les conviene. Por supuesto, claro, faltaría más: no todos son así, pero los demás son como si no fueran.

Un intelectual ocioso, es decir, libre: que esté dispuesto a pagar un precio por lo que piensa y dice en público, voluntario y nada profesional —a semejanza de Amós, que no era profeta de oficio— es un «experto no deseado» por las instituciones de una sociedad establecida. Desconcierta, es impertinente. No tiene freno ni mordaza. ¿Qué puede la opinión pública contra el poder? Poco si no tiene ningún poder, nada si solo es opinión. Pero si se articula y cunde entre los ciudadanos, si los congrega, si los une en público, si es pública y no solo opinión, puede tanto que los que tienen el poder quieren también tenerla a su favor.

Ultimamente se habla mucho de la participación ciudadana y de la democracia deliberativa, se elogian las bondades del diálogo para resolver los conflictos sociales, proliferan

«Deberíamos pensar un poco más en el medio ambiente cultural, social y político, en un desarrollo sostenible de la democracia»

los comités de sabios, los consejos y las comisiones mixtas y se invita a los expertos a elaborar incluso programas de gobierno. Pero son, obviamente, expertos deseados y se espera tenerlos de su parte o de las partes que ya están de acuerdo. Se les retribuye y se les deja hablar —que para eso se les llama— pero no se les promete seguir necesariamente sus consejos. Lo cual, esto último, es perfectamente razonable. Un comité de sabios de esa índole o comité de expertos de reconocido prestigio, es muy probable que se convierta en lo contrario de lo que parece y sirva solo para justificar prejuicios y bendecir decisiones.

Cuando empieza a preocuparnos el cambio climático y la supervivencia del oso polar, el quebrantahuesos y la avutarda, el alcaraván y los buitres leonados, el curso de los ríos y la dignidad de la montaña, la calidad del aire y el agujero de la capa de ozono, deberíamos pensar un poco más en el medio ambiente cultural, social y político. Deberíamos pensar en un desarrollo sostenible de la democracia. De acuerdo: no todo debe ser discutido por todos, no es posible. Si algo he aprendido —me queda mucho más— es que las mejores ideas las tienen siempre quienes no pueden realizarlas y que lo mejor es enemigo de lo bueno. No seré yo quien exija una democracia perfecta, me conformo con una democracia posible. Pero considero insostenible que solo se escuche a los expertos deseados. Para ese viaje no hacen falta alforjas. Es más tolerable para la democracia, y más honesto, que quienes toman las decisiones de gobierno corran el riesgo de enfrentarse al público sin ninguna orquestación pretexto: a capella.

La opinión | Por Jorge Torres Quílez, profesor asociado de la Facultad de Ciencias Económicas de Zaragoza

La burbuja del chuletón

SE hace una persistente referencia al término *burbuja*, con independencia de su naturaleza, que lleva consigo un perceptible matiz semántico que gravita sobre el incremento alterado y prolongado del precio de algún activo, de forma que dicha valoración se aleja cada vez más de su valor real o intrínseco, irrumpiendo en una espiral de subida continua y alejada de toda base factual.

El coste de la cesta de la compra ha experimentado incrementos acentuados, empujando a España como uno de los países de la UE donde más han escalado los precios de los alimentos y de los artículos básicos. Es un fenómeno inadvertido, que podría bautizarse como la *burbuja del chuletón*. Un cúmulo de circunstancias revela estos desmedidos encarecimientos, que configuran una manifestación gradual que trasciende al mercado español y afecta, en mayor o menor medida, al conjunto de la economía global.

Los precios del petróleo con sus oportunas implicaciones en los costes de producción de numerosos bienes y servicios intervienen con especial incidencia. Este avance de los alimentos ha convergido con un nuevo calenta-

miento en el mercado de la energía. El barril de crudo de referencia en Europa, el Brent, sigue rozando máximos históricos en su cotización y dado que el petróleo constituye un recurso natural no renovable, resulta probable que su actual cotización adelante nuevas alzas en materia de inflación.

En los últimos meses, el precio de determinados alimentos básicos en los que el coste de la materia prima determina el establecimiento de su precio final, aumentó a tasas superiores a las de la inflación. Aunque concurren una serie de factores objetivos, se ha revelado una escasez que ha venido motivada por los propios reguladores de la actividad económica. La Política Agraria Común ha asumido como objetivo la reducción de la oferta agraria con el objeto de mantener un nivel de precios elevado, y ha bastado un crecimiento de la demanda internacional para que los precios se disparen, promovidos por el inagotable consumo de países emergentes como China o India, y, en segundo lugar, la apuesta de EE. UU. y Europa por la producción de biocombustibles que requieren la utilización de materias primas agrarias. Dado que la base para la elaboración del bioetanol se funda-

menta en la caña de azúcar y los cereales, mientras que el biodiésel se obtiene del grano de las oleaginosas, la demanda mundial de estos bienes para su transformación en biocombustibles empieza a provocar una tensión en los mercados mundiales y un alza de los precios. Este impulso emergente de los biocombustibles está generando disfunciones en los mercados al florecer una nueva industria energética que compite por la misma materia prima que la industria alimentaria.

Arrastrados por la sequía, los productos frescos se sitúan como los segundos más influyentes en la espiral inflacionista, acumulando una alza anual del 6,6%. Una inflación que afecta al poder de compra de los hogares y que sacude todos los ámbitos de la economía, al perturbar, por ejemplo, la actualización de rentas de los alquileres, las exportaciones de las empresas españolas o al ciudadano previsor que ha optado por ahorrar. Como los tipos de interés apenas compensan el aumento del IPC, el avance de la inflación penaliza a quienes han destinado sus ahorros a depósitos bancarios, cuantías de alta remuneración o fondos Fiamm, porque los precios han crecido más que su rentabilidad.

En saco roto

| Juan D. Lasierra

Fotos para recordar

LA fotografía puede ser un arte; para mí es como un «memo», que me recuerda lo que, si no, pasaría en buena parte al limbo de mi olvido. Porque los tiempos en que era campeón de catecismo están lejanos, lejanos... Así que voy a todas partes con mi cámara y cuando algo me dice que ahora, echo una foto. Hoy he ido a recoger mi último carrete —todavía soy de carrete— y cuando veo el material es como si repasara mi diario personal. Empiezan las fotos con la presentación de la expo de Orensanz en Cajalón, donde, además de Ángel, están J. Pedro Llorente, el comisario, Carmen Bartolomé, Cristina y José Laborda, Margarita de Grassa, Pérez Lizano, Ana, Yolanda, Mariajo, José A. ... Luego, en Tabernillas, estamos María Eugenia, escapada de Marrakech, Montse LL. y los hombres de teatro Alessandro d'Alessandro y Marco Leone. De mi estancia en Madrid, sale el gran letrado anunciador de la exposición Velázquez, del Prado y, en el hotel De las Letras, la entrega de los premios de la Asociación Colegial de Escritores: allí, Andrés Sorel y Ana, con Camino, la hija de Miguel Delibes —a quien se dio el premio por toda una vida— y dos nietos del escritor, con la carita del abuelo. También el crítico Eusebio G. Fernández y el teólogo R., al que después, en la cena, sacamos del armario, con gran satisfacción suya. En la siguiente, surge el teatro romano de Zaragoza tomado desde una cierta altura: el despacho de A. No menos inesperada es la fotografía que viene a continuación: el amigo Laborda frente al monumental cartel de *55 días en Pekín*, que adorna uno de los salones del despacho de A., donde celebramos tertulias algunos viernes. Sigue un nuevo cambio de escenario. Estamos en Sant Cugat del Vallès, en el domicilio de los Sanfeliu, con Ana leyendo poemas de su último libro a Carme y Juan Miguel. Luego, en la casa de Marta P., esta y Ana con un libro sobre la Woolf (¡cómo no!) entre las manos, y la perrita Mont, posando como una *starlet*. El álbum se cierra con el monolito al poeta Gabriel Ferrater. Fotos para recordar.